

RELEASE NUMBER 2012.8.1 (SPANISH VERSION)

Oficina de Comunicaciones

**Iglesia Ortodoxa en América
Diócesis de New York y New Jersey**

**ANUNCIO NO. 2012.8.1
ENCÍCLICA ARQUEPASTORAL ACERCA DE
La Fiesta de la Gloriosa Resurrección
La Santa PASCUA**

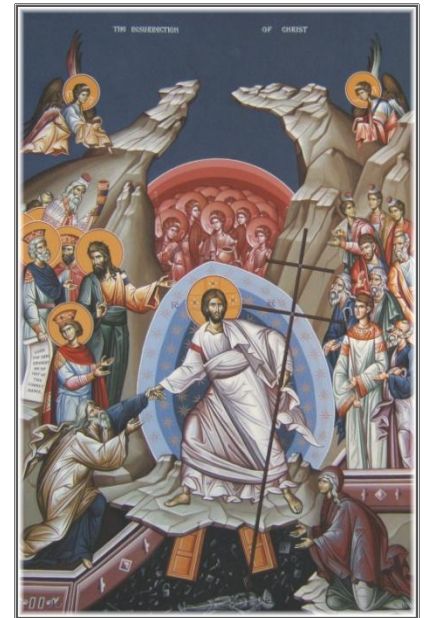
Domingo, el 15 de abril de 2005

¡Cristo ha resucitado! ¡En verdad ha resucitado!

Carísimos en Nuestro Salvador Resucitado:

“[V]io y creyó” (Juan 20,8).

Sin duda alguna, los horrores de su Tribunal, Pasión, Crucifixión y Muerte cobraron un precio no únicamente de Nuestro Señor pero también de las personas alrededor de Él. Todos salvo uno de los discípulos más cercanos de Jesús se huyeron de miedo; fueron esparcidos sin su Pastor. Las mujeres piadosas que le habían seguido a través de su ministerio quedaron llenas de dolor, de agonía en las caras y de lágrimas en los ojos. Y las personas innumerables que Jesús había ayudado y sanado –los ciegos, los zurdos y los mudos, los leprosos y los pecadores mayores– no se encontraban por ninguna parte; habían abandonado a su Sanador y Salvador. Hasta hoy, lo mismo es verdad. En las palabras de San Pablo, “[el] Cristo Crucificado [es] escándalo para los judíos, necedad para los gentiles” (I Corintios 1,23).



Tan profundos eran los eventos del Viernes Grande y Santo, que incluso cuando Nuestro Señor hizo lo que había dicho que haría –“A los tres días resucitaré” (Mateo 27,63)– todavía el horror y el dolor de la Crucifixión previno que la gente viera y creyera la alegría de la Resurrección en aquella primera Pascua. María Magdalena no podía ver más allá de sus lágrimas que el que estaba en la Huerta era Cristo Mismo; Él tuvo que hablarla personalmente, Él tuvo que llamarla por su nombre, “María”, antes de que pudiera creer. Pedro y los otros Apóstoles estaban tan aterrorizados que no podían aceptar el testimonio de María Magdalena; Cristo tuvo que venir por las puertas cerradas del Cenáculo donde se escondían antes de que pudieran creer. Y Tomás, campeón de los dudosos, no tendría por ciertas las

palabras de sus amigos más cercanos; exigió meterse los dedos en la señal de los clavos en las manos de Jesús y la mano en su costado cicatrizado por la lanza, antes de que creyera.

Se dio, sin embargo, una excepción notable a este patrón de duda –un icono de fe infalible en el Cristo Resucitado. Esa fue el Discípulo Amado, San Juan Teólogo. Cuando María Magdalena se le había acercado por primero a él y a Pedro en aquella mañana radiante de la Pascua para contarle lo que había experimentado, ellos se corrieron a la Tumba para “investigar” su historia. Juan, siendo más joven, alcanzó la Tumba delante de Pedro, pero le esperó antes de entrar. La Escritura dice que Pedro entró y vio las sábanas de lino acostadas allí, pero no sabía cómo interpretarlas. El Discípulo Amado, San Juan, sin embargo, entró después de Pedro, y en las palabras del Evangelio, “él vio y creyó” (Juan 20,8). ¿Qué vio Juan que le hizo creer? Tan sólo la Tumba Vacía.

Esta historia, por más sencilla que sea, es una que refleja la fe más pura. Durante tres años a este joven le había enseñado la Palabra de Dios el Mayor de todos los Maestros. Durante ese tiempo, se había hecho tan cercano con el Señor, que la Biblia le llama “el discípulo que Jesús amaba”. Y, en muchas ocasiones, Juan había oído la misma profecía que Jesús les habían contado a los otros Once –a saber, que Él sería traicionado en las manos de hombres pecaminosos, y que le crucificarían, pero que Él surgiría el tercer día. Y así, esa primera Pascua cuando vino a la Tumba Vacía, en su mente Juan se acordó, en su corazón fue emocionado, y en su alma fue convencido que Cristo había surgido de los muertos aun cómo había dicho. Para este discípulo, ¡la Tumba Vacía bastaba! “...Él vio y creyó”.

Tan profunda era su fe en el Cristo Resucitado que aquello cambió su vida por siempre. El más joven de los Doce sería guiado por el Espíritu para hacerse el más brillante de todos, para escribir la pieza más espiritual y profundamente teológica de toda la Escritura –el cuarto libro de los Evangelios– y hacerse conocer de “Juan Teólogo”. El muchacho que una vez se llamó de uno de los “hijos de los Truenos” tanto amaría estar unido al Salvador que recordaría para nosotros el discurso de Jesús sobre la Santa Eucaristía que nos capacita para hacernos uno con Cristo Nuestro Salvador. El apóstol que una vez codiciaba un lugar de honor a la derecha o izquierda del Señor compartiría humildemente con el mundo todas las detalles de su discipulado en el Cuarto Evangelio, para que todos creyéramos “que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que creyendo [tuviéramos] la vida en su Nombre” (Juan 20,30).

Nuestra Iglesia presenta a San Juan a nosotros como modelo para nuestra fe. Porque no podemos ver al Cristo Resucitado en persona como hicieron los Once cuando Él vino por las puertas que estaban cerradas...porque Él no está aquí en la tierra ahora para hablarnos como hizo con María Magdalena entonces, llamándola por su nombre...la Iglesia, como nuestra Madre amante, nos lee las palabras del testimonio Escripural en nuestros servicios divinos...para que supiéramos lo que supo el Discípulo Amado...y Ella nos ofrece la réplica de la Tumba Vacía en la medianoche de la Pascua...para confirmar nuestra fe como lo hizo para San Juan. Ella quiere que creamos aun como él hizo. Y la premia que será nuestra por nuestra fe como la de Juan será lo que el Mismo Señor prometió: “Bienaventurados los que no han visto y aún creen” (Juan 20,29).

La Iglesia quiere que nos hagamos tal como fue Discípulo Amado después de la Pascua: vivir ricamente en nuestra vida espiritual, comunicando con el Señor cada día en la oración, como lo hizo Juan en persona; crecer en la Palabra de Dios, leyendo lo que San Juan y los otros escribieron en la Escritura; aproximarnos íntimamente al Señor en la Eucaristía, como se nos dirige en el discurso en el

